

## De abajo y marginales

Rafael Sánchez Aguirre

En línea con los trabajos de Gino Germani, el sociólogo José Luis de Imaz propone adentrarse en la caracterización de un sector de la sociedad que denomina “los hundidos”, expresión que sirve como título de su libro publicado en 1974. Este trabajo de Imaz se basa en el relevamiento de fuentes secundarias, específicamente de datos estadísticos obtenidos de dos formas: una correspondiente a los censos y documentos de diagnóstico de corte oficial, y otra relativa a los estudios sociológicos que intentan aproximarse sobre el tema. Dicha labor investigativa fue financiada –de acuerdo al autor– por la Iglesia Católica Alemana, en el marco de las actividades académicas del Centro de Investigaciones Sociológicas la Universidad Católica Argentina en Buenos Aires. La pesquisa se concentra en los primeros años de la década de los 70 a nivel nacional, aunque también hace referencias a datos de los años 60.

De entrada encontramos una inquietud acerca de quiénes pueden ser considerados como marginales, hundidos y de abajo (socialmente hablando). Ya que con ello se intenta precisar el objeto de estudio a caracterizar. La categoría analítica “población marginal” es aprovechada para describir a una población que se encuentra anclada en un sentido de precariedad: muy abajo, que vive un fuerte hundimiento. Dichos rasgos son considerados como estructurales y correspondientes a un sector social sobre el que recae el peso de unas dinámicas sociohistóricas de dominación. En esta línea, por ejemplo, en las zonas urbanas del país los marginales hacen parte de generaciones que migraron desde el ámbito rural con una herencia de amplias desventajas.

El autor reconoce que, a pesar de haber existido algunos antecedentes relacionados con este tipo de trabajo investigativo –como son los avances de Palacios (1900), Massé (1904) y Bunge (1940)–, este tema desde una perspectiva sociológica se encuentra inexplorado. Los trabajos mencionados tuvieron un énfasis principalmente sanitario cuya intención se encaminaba al desarrollo de una especie de “medicina social”. En cambio, en lo que corresponde al libro *Los Hundidos*, se trata de un aporte provisorio e instrumental con el que se buscaba evidenciar unas verdades matemáticas (estadísticas) de una realidad social nacional. Claro, sin desconocer que tal tarea podía y debía ser completada a la luz de más y mejores estadísticas.

Volviendo al concepto de “marginales”, Imaz resalta la existencia de una pequeña tradición sociológica (conectada con Germani) dentro de la cual se buscaba desmarcar dicho concepto de su parentesco casi exclusivo con “problemas de tipo de personalidad, o de subcultura de migrantes no bien integrados” (1974: 12). Con ello no se negaba la existencia de diferentes grados de marginalidad, más bien

se replanteaba una conceptualización que podía funcionar bien para precisar cuántas personas estaban por debajo de un “*minimum*” vital. Los problemas concretos de una población hundida eran evidentes (estructuralmente hablando) a través de sus techos, sus paredes, sus pisos de tierra, sus condiciones sanitarias, sus actividades, su educación, sus orígenes.<sup>22</sup>

Con un escueto marco teórico, propuesto como un ‘documento de trabajo’, el autor elaboró junto a su equipo de investigación una serie de indicadores que también fueron discutidos con diferentes investigadores de diversos lugares del país. El proceso de construcción de los indicadores estaba permeado por tres factores analíticos: uno social, otro cultural y uno más personal. Todo esto hacía parte del ejercicio de clarificación del objeto de estudio. Así, en relación con lo social se estaba hablando de aquellos que no ejercían roles relevantes en la sociedad, no participaban en la toma de decisiones, carecían generalmente de bienes y servicios, evidenciaban una desorganización social permanente. En términos de lo cultural, eran grupos que disentían respecto a las normas y valores sociales establecidos, “incongruentes en la percepción de los símbolos y sus significados... [aquellos] que evidencian falta de comprensión y utilización de los distintos bienes instrumentales” (Imaz, 1974: 23). En lo personal, los problemas individuales debían entenderse como parte de una desintegración colectiva y como efecto de la marginalidad antes que como *puros* problemas de corte psicológico.

Con estos elementos, los indicadores se concentraban principalmente en el ámbito social y cultural para ir perfilando modos en que históricamente los marginales han sido ‘integrados’ a la sociedad. Esta presunción no desconocía que allí se ponían en juego unas relaciones de poder y dominación: que económica y socialmente “determinan quiénes y qué consumen. Y que las relaciones de poder –pero muy particularmente las políticas– son las que configuran para quién, y quiénes deciden” (Imaz, 1974:25). De tal manera, los marginales pueden entenderse como una especie de los dominados, al igual que las personas que componen una villa pueden entenderse como una especie de los marginales (existen varios tipos de marginalidad que pueden superponerse). Por ejemplo, representan otros tipos de marginalidad los enfermos analfabetas concentrados en hospitales públicos provinciales, las mujeres que sirven en “casas de familia” sin garantías laborales, o las mujeres embarazadas que no tienen acceso a servicios médicos en la zonas rurales donde viven (recordemos que estamos hablando de los años próximos a 1970).

Volviendo al tema de los indicadores, que fueron pensados no solo con un enfoque académico sino como un llamado de atención y herramienta para la acción gubernamental, cubrieron cinco

---

<sup>22</sup> Los textos de Ana Cervio y Andrea Dettano, incluidos en este libro, ofrecen rasgos complementarios sobre esta breve caracterización.

dimensiones: a.) del estatus personal, b.) ocupacional, c.) educacional, d.) de vivienda y equipamiento colectivo, y e.) sanitaria. De acuerdo a estas dimensiones fueron desarrollados los diferentes capítulos del libro de Imaz. De forma (muy) panorámica podemos mencionar algunos aspectos de la población marginal en conexión con los indicadores. Se trata de personas que duraron más de un año sin inscripción en el Registro de Nacimientos (19% de los registrados en Corrientes en 1970, 7% en Chubut el mismo año), algunos de ellos con 40 o más años sin ningún tipo de documento; unos de ascendencia aborigen o con raíces campesinas, otros provenientes de países fronterizos; desempleados (4.9% del total de la población económicamente activa en Capital Federal, 10.6% en Tucumán), algunos subempleados (3.9% del total de la población económicamente activa en Capital Federal, 13% en Río Negro), otra parte dedicada al trabajo doméstico (femenino), un tanto más agricultores pobres, todos con baja calificación profesional y con pocos estudios.

En el capítulo V de *Los Hundidos*, bajo la dimensión de vivienda y equipamiento colectivo, encontramos una alusión explícita a las villas, asunto que nos interesa resaltar —dejando por ahora de lado los detalles estadísticos, al igual que la descripción de todos los indicadores—. Imaz habla de “villas miseria” y las define como aquellas “erigidas sobre terreno fiscal, o de propiedad de terceros (contra la voluntad de esos terceros)... que carecen de servicios públicos y de trazado urbanístico acorde con las disposiciones provinciales y/o municipales” (1974: 83). Igualmente son zonas que él entiende con una alta densidad poblacional, que viven hacinados en casas de materiales precarios y sin servicios sanitarios, conformadas por una población no integrada con sus vecinos urbanos.

La investigación asumía que las villas estaban conformadas por más de 50 casillas (viviendas), pero igualmente reconocía bajo la misma denominación a los *conglomerados* con 20 a 49 casillas o a los *focos* conformados por un máximo de 19 casillas. Así, de acuerdo al Censo de Población de 1970 y a la Comisión Municipal de Vivienda existían en Capital Federal un total villero de 106.197 habitantes repartidos en dichas unidades urbanas<sup>23</sup>. La villa con mayor número de personas era la 31 con 24.385 habitantes y le seguía la 1/11/14 con 19.912. En la villa 31 el 23.5% de su población era analfabeta y en la 1/11/14 lo era el 9.5%; en la primera el 4.9% tenía o realizaba estudios secundarios (este dato refiere solamente a mayores de 14 años) mientras que en la segunda este ítem correspondía al 3.7%; en la 31 el 46.1% de las viviendas tenían televisión y en la 1/11/14 lo tenían el 68.5%; en la primera (de la población económicamente activa) el 16.3% estaba desocupada y en la segunda el 9.4%.

---

<sup>23</sup> La ciudad estaba habitada en aquel entonces por 2.972.453 personas.

Estos datos (panorámicos) nos ofrecen pistas inquietantes sobre una población que en la ciudad ha sobrevivido bajo el peso de la exclusión; para Imaz el total de marginales en Capital Federal asciende a 127.815 personas –es así que más del 80% de ellas son de la villa–. A nivel nacional dicho total asciende a 2.527.516 marginales, es decir un 10.8% de la población total. Debido a que en el país se vivían fuertes dinámicas de urbanización y de migración interna, no es de extrañar que buena parte de esos marginales fueron engrosando el número de habitantes de las villas en su búsqueda de mejores oportunidades y condiciones de vida. Esos herederos de la marginalidad aún hoy son la evidencia de una “aberración histórica” –así lo señala Imaz– que reafirma una impotencia aceptada, el peso de una estructura, que no nos permite dar fácilmente aquellos pasos en favor de su emergencia, convirtiéndolos más bien en un fetiche académico o en juguetes oportunos de la politiquería (Scribano, 2015).

### Referencias

BUNGE, Alejandro. (1940) *Una nueva Argentina*. Buenos Aires: Kraft.

IMAZ, Juan Luis de. (1974) *Los Hundidos*. Buenos Aires: La Bastilla.

MASSÉ, Biolet. (1964 (1904)) *El estado de las clases obreras argentinas a comienzos del siglo*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

PALACIOS, Alfredo. (1900) *La Miseria*. Universidad de Buenos Aires. Tesis Doctoral rechazada.

SCRIBANO, Adrián. (2015) “Una aproximación al estado de las sensibilidades en Argentina desde la(s) Política(s) de la Perversión”, en: Sánchez Aguirre, R. (comp.), *Sentidos y Sensibilidades*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.